

Bahía Grande y hasta la bahía de la Victoria (questá enfrente desta otra parte) avemos subido septenta leguas, la via del Oriente, por ambas costas del Estrecho.

Desde la bahía de la Victoria hasta el Cabo de las Vírgines, hay quarenta leguas, el qual cabo es el principio del embocamiento deste Estrecho, por la parte oriental, y está en çinquenta é dos grados de la línea equinoçial; y el otro cabo questá enfrente dél á la otra vanda, se llama tierra ó Cabo de Fuegos, desde qual volviendo al Occidente por la otra costa, otras quarenta leguas hasta la Bahía Grande superior (ó mas oriental), está en la mitad del camino la tierra que llaman *Lago de los Estrechos*.

Por manera que desde el Cabo Desseado occidental y embocamiento del Poniente, hasta el embocamiento oriental y cabo de las Onze mil Vírgines, hay çiento y diez leguas, en el qual Estrecho se ponen algunas islas, en espeçial doçe ó treçe, y la carta no las nombra (sino las

Nevadas que tengo dicho); pero la mayor de todas doçe la assientan en la bahía de la Victoria. Tiene, como he dicho, el Estrecho siete leguas de latitud, donde es mas ancho de los embocamientos á dentro, y en partes tres y dos y una, y en partes menos de legua. Pero en el embocamiento oriental le pone la carta diez leguas de tierra á tierra; y poco mas en el occidental: de forma que el Cabo de Fuegos ó Humos mas austral del embocamiento oriental, está en çinquenta y tres grados de la equinoçial enfrente del Cabo de las Vírgines, en el otro hemispherio y polo antártico. Y esto baste quanto á la medida de la mar y de la tierra del Estrecho grande y famoso, que descubrió el capitan Fernando de Magallanes con el armadá del Emperador Rey, nuestro señor, el año de mill é quinientos y veynte de la Natividad de Chripsto. Nuestro Redemptor, para gloria y alabança suya y en aumentación del çeptro y señorío de la corona real de Castilla.

### CAPITULO XV.

De la relación particular del viaje y armada del comendador Frey Garcia de Loaysa y los que con él fueron, de lo qual dieron notiçia desde algunos años el capitan Andrés de Urdaneta, natural de Villafranca, de la provincia de Guipúzcoa, y otro hidalgo, llamado Martin de Islares, natural de la villa de Laredo, y otras personas que fueron en la dicha armada y lo vieron. La qual relación contiene veynte capítulos, de los quales este es el primero. Y dáse fin á este libro con ella, en el capítulo XXXVI.

**E**n el capítulo V deste libro XX se tractó mucha parte del viage infelice del comendador Frey Garcia de Loaysa á la Espeçieria, el qual hizo el año de mill é quinientos y veynte y çinco, con siete naos y quatroçientos y çinquenta hombres. Y en el capítulo XII se dixo cómo un viernes primero dia del mes de junio del año de mil é quinientos y veynte y seys, salidos ya que fueron del dicho Estrecho de Magallanes, en el grand mar austral, y estando ya en los quarenta y siete grados y medio de la otra parte de la equinoçial, tornando en demanda del

Norte ó hácia nuestro polo, se desapareció la nao capitana y la perdió de vista el patax (que arribó á la Nueva España) en que yba el clérigo don Johan que dió la relación, de que de suso es fecha mençion, el qual no supo mas del subçesso daquella armada. Agora diré yo lo que entendí el año de mill é quinientos y treynta y nueve, passando por esta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española el adelantado don Pedro de Alvarado, del qual supe que pensaba brevemente yr en demanda de la China, y armar en la mar del Sur, en su gobernación de Guatima-

la; y llevaba consigo dos hombres, que se hallaron en aquel viage del comendador Loaysa, el uno de los quales se llamaba el capitan Andrés de Urdaneta, vizcayno (ó guipuzcoano mejor diciendo), hombre de bien y de buena raçon y bien apuntado en lo que avia visto y notado daquel viaje; y el otro era un hidalgo, natural de la villa de Laredo, llamado Martin de Islares, assimesmo hombre de buen entendimiento. Los quales, demas de lo que yo avia entendido del camino y fin daquella armada, me dieron çumplida relación y me satisficieron en algunas dudas, como personas que se hallaron en la prosecucion daquel viaje, y en muchos trabaxos y guerras en aquellas partes, assi con los portugueses como con los naturales indios; lo qual con la brevedad que sea posible se dirá, porque son cosas tan notables y convinientes á nuestras materias y para la conclusion daquella armada.

Para inteligencia de lo qual es de saber que, salido el comendador Loaysa y sus navíos del Estrecho de Magallanes en la mar del Sur, al cabo de çinco dias, les dió un temporal muy reçio, en tal manera que se destroçaron las quatro velas que yban en conserva con la capitana (que nunca mas se vieron). Y turóles la tormenta quatro ó çinco dias despues, en los quales passaron muy grandes trabaxos, porque no se podian servir de las velas, y haçer la nao tanta agua que con dos bombas nunca çessaban de trabaxar con ella veynte hombres, por vencer el agua que haçia; porque tenia la nao quebrados nueve ó diez codos de quilla en el codaste, y aunque la avian remediado lo mejor que avian podido, todavia les entraba mucha agua. En fin del mes de julio del año de mill é quinientos y veynte y seys, en quatro grados ya desta parte de la línea del equinoçio á la vanda del Norte, fallesció en la dicha nao el comendador

frey Garcia de Loaysa, capitan general desta armada, el qual yba muy doliente; y murió como cathólico y buen caballero en su offiçio, encomendándose á Nuestro Señor: y dexó mucha tristeza y dolor á todos los que en aquella nao capitana yban, porque demas de ser buen capitan, sábio y de experiencia, era de gentil conversaçion y muy bien quisto. Assi como fué muerto, y con sendos Paternos y Avemarias por su ánima (que cada uno de los pressentes dixo) echado su cuerpo en la mar, abrieron una instruçion secreta de la Çesárea Magestad, por la qual mandaba que si el comendador Loaysa muriesse, que todos obedesciesen por general á Johan Sebastian del Cano (que era aquel capitan que en la nao Victoria bojó el mundo como en otra parte está dicho); y assi se hizo como Su Magestad lo proveyó. Pero él yba assimesmo muy enfermo, y desde á quatro dias que le alçaron por general le llevó Dios, y le hicieron las mismas obsequias y le dieron la misma sepultura que se le dió al comendador, y le echaron en essa mar. Y obra de ún mes antes avian hecho otro tanto con Alvaro de Loaysa, sobrino del comendador Loaysa, que era á la saçon contador general, por muerte del contador Texeda, que murió en el mismo golpho. Assi que, muerto Johan Sebastian del Cano, hicieron capitan á un hidalgo llamado Toribio Alonso de Salazar, montañés, el qual era contador de uno de los galeones, y porque se reçeló el comendador Loaysa que se queria alçar con el galeon, en el Estrecho para se tornar á España, le hizo passar á su nao capitana. Tambien se murieron en aquel golpho el piloto Rodrigo Bermejo y otras personas de bien, mas de treynta y çinco. Este terçero capitan general, llamado Salazar, yba assimesmo doliente, y viendo quel piloto que tenian no era de mucha experiencia, mandó que arribassen en busca



de las islas de los ladrones: é yendo su derrota en demanda dellas, descubrieron una isla, á la qual pusieron nombre *Sanct Bartholomé*; la qual vieron á los treçe de septiembre y no la pudieron tomar, aunque lo procuraron mucho; y por la parte que la descubrieron, era tierra alta y montuosa, y corriáseles nordeste ó essudueste, y de la punta dél, ó essudueste, se corre otra punta questá al norueste, norueste sudueste quarta del Norte Sur. Otro dia descayeron y vieron que se hacía una

## CAPITULO XVI.

Cómo descubrieron las islas de los Ladrones, y cómo hallaron un chripstiano español de los que fueron en la primera armada con el capitán Fernando de Magallanes; el qual entendia ya muy bien la lengua de los indios, donde andaba, y fué muy provechosa su compañía, y otras particularidades de aquellas islas.

Después que el capitán Salazar y los demás vieron que no podían tomar tierra en la isla de Sanct Bartholomé, continuaron su camino en demanda de las islas de los Ladrones, y llegaron á ellas (á las dos que están más cercanas á la línea equinocial, las quales están en doce y treçe grados, y córrense Norte Sur). Estas islas de los Ladrones son treçe islas, y todas se corren Norte Sur. Está la más allegada al Norte en veynete y un grados: la una de las dos islas primeras se llama *Botahá*, y allí les vino un chripstiano en una canoa y los saludó en español, y les dixo: «En buena hora vengays, señor capitán, maestro y la compañía.» Y los de la nao con mucho plaçer le respondieron que fuese bien venido, y preguntáronle que con quién avia ydo á aquellas partes, y respondió así: «Señores, yo soy uno de los del armada del capitán Magallanes, y salí de la nao del capitán Gonçalo Gomez de Espinosa, quando tornó á arribar al Maluco. No pudiendo yr á la Nueva España, y porque en essa saçon se morían de çierta dolencia en la nao, salimos yo y otros dos compañeros portugueses

punta de arena estrecha en más de ocho leguas, y andovieron tan cerca della que se pudiera tirar con un verso de puntería á tierra, y no hallaron fondo en cien braças. Allí avia muchos páxaros bobos, que se sentaban en las manos de los que yban en la nao: avia mucha pesquería de bonitos y albacoras y doradas. Está aquesta isla en catorçe grados de la vanda del norte, y á tresçientas é veynete y ocho leguas de las islas de los Ladrones.

por miedo de morir, en la isla más cercana del Norte, y allí mataron los indios á los otros dos compañeros míos por çiertas sinraçones que ellos acometieron, y después me passé de allí con unos indios á esta isla de Botahá; y soy gallego y me llamo Gonçalo de Vigo, y sé muy bien la lengua de las islas.» Dicho esto, no quiso entrar en la nao, sin que le diesen seguro real; y diósele, y luego se entró en la nao y fué con ellos al Maluco; y les aprovechó, porque sabia bien las lenguas de aquellas tierras y también alguna cosa de la lengua malaya. En aquellas islas, antes que surgiessen, les vinieron muchas canoas á bordo con muchos cocos y agua en calabças, y pescado, y plátanos, y batatas, y arroz, y sal, y otras muchas fructas que hay en aquella tierra; y no querían por ello otra cosa sino hierro, así como clavos ó cualquier cosa de punta. Llaman al hierro *herero*. Las canoas en que andan, son de quatro y çinco braças de luengo, y mayores y menores, y angostas que ternán de anchor dos cobdos ó poco menos. Son algunas de una pieça y otras de muchas, y tienen sendos con-

trapesos de la una vanda, de una madera hecha como una toñina, quasi del largor de la mitad de la canoa; la qual es amarrada fuertemente en dos palos que salen de la canoa, apartada del cuerpo della obra de una braça, y tanto andan sobre la popa como sobre la proa: ni hay diferencia de la popa á la proa. Tienen velas latinas de esteras muy bien texidas; y para haçer otra vuelta, no vuelven la canoa, sino vuelven solamente la vela, y haçen de la popa proa y de la proa popa, quando quieren. Son estas canoas de alto hasta la rodilla de un hombre, y las tablas pegan unas con otras desta manera: que horadan en los bordes las tablas y atan las unas con las otras con unas cuerdas que haçen de corteças de árboles, y por la parte de dentro dexan unos pedaços de madera horadados, sobre los quales atraviessan unos palos que amarran para fortificarlas, y por de fuera las brean con un betun que haçen de cal y açeyte, con que betunan y çierran todas las costuras, de forma que no haçe agua. Estos indios de todas estas treçe islas andan desnudos, que ninguna cosa traen sobre sí, excepto las mugeres, que traen un hilo çeñido, y de aquel cuelgan unas hojas verdes con que cubren por delante aquellas partes vergonçosas. Son gentilicos, y adoran los huesos de sus antepasados; los quales tienen en sus casas con mucha veneraçion, y muy untados de açeyte de cocos.

Tienen una costumbre que notable ó no oyda jamás de otra gente; y es que qualquier mançebo soltero, que sea ya de edad para aver ayuntamiento con una muger, trae una verguilla ó varica pintada ó blanca en la mano, y tiene libertad que puede yr á qualquier casa de qualquier casado, y en entrando en casa, si el marido está en casa, luego en el instante

le da una esportilla que lleva en la mano con unas vellotas y una hoja de un árbol y cal, lo qual todo se come, y llámase en maluco *betre*: y por el consiguiente el huesped de casa da otra esportilla que él trae consigo al que entra, y él se sale de casa, y el soltero está con su muger el tiempo que á él le plaçe, y así usa della como el proprio marido (todos los indios é indias traen semejantes çestillas de betre siempre consigo). El cuytado del cornudo no entra en casa en tanto quel adúltero está con su muger, si no le llaman; ni el casado tiene liçençia de yr á casa alguna á trocar su çesta, ni haçer tal cosa, só pena de la vida. En aquellas islas no hay algund género de ganado alguno ni aves, si no son unas aveçicas que quieren parecer á tórtolas; las quales estiman mucho y tiénnelas dentro de unas jaulas, y avécanlas á pelear las unas contra las otras, y ponen apuestas sus dueños qual dellas vencerá, aunque el presçio sea pequeño. Este juego ví yo usarse en Italia con las quallas ó codorniçes, quando es el passo de tales aves. Tienen en aquellas islas algunas gaviotas y alcatraçes, aunque pocos. Ningun género de metal alcançan, y labran con pedernales la madera. Son gentes de buena disposiçion, y traen el cabello muy largo, así ellos como ellas; y algunos dellos traen las barbas creçidas como nosotros, y andan muy untados con açeyte de cocos. No tienen otro género de armas sino hondas y varas tostadas, y en algunas varas traen las canillas de los hombres que matan en la guerra, por hierros de lanças muy agudas y delgadas en las puntas, y hechas dientes como sierra. Bien creo yo que á estos no los aveçaron al exerciçio de la honda los mallorquines, por lo qual no avria lugar de darles la invencion de tales armas, como Flavio Vegio<sup>1</sup> y otros auctores les atribuyen.

<sup>1</sup> Veg., lib. I, cap. 46.



Tornando á la materia, aquellos indios no tienen hacienda alguna: prescian mucho conchas de tortuga para haçer peynes y ançuelos de pescar. El hierro prescian sobre todas las cosas.

Cinco dias estuvo esta nao capitana en la isla Botahá, tomando agua, y de alli siguió su camino la via del Maluco, y antes que se partiessen toma-

ron onze indios y los metieron con engaño en la nao por mandado del capitan, para dar á la bomba; porque passaban muy grand trabajo á causa de la mucha agua que haçia la nao, en que era menester continua vigilançia hasta que Dios los llevasse á parte que la pudiesen remediar, ó ellos estar donde pudiesen sostenerse y asegurar sus vidas.

### CAPITULO XVII.

Cómo murió el terçero capitan general, llamado Salaçar, y fué fecho y elegido en su lugar Martin Iniguez de Carquiçano, y se prosiguió el viaje del Maluco, y cómo tocaron en una isla rica, llamada Vendanao, y lo que alli les acaesçió.

Partidos de donde es dicho, á los diez dias dél mes de septiembre del año de mill é quinientos y veynte y seys, murió el capitan Salaçar, y dichos sendos Paternostres, le echaron á la mar, como se avia hecho con los capitanes sus predeçessores. Y para elegir á otro, ovo grandes diferencias entre la gente, porque los unos querian á Bustamante (el qual era uno de los hidalgos que se hallaron en el descubrimiento del Estrecho con el capitan Magallanes, y volvió á España con el capitan Johan Sebastian del Cano en la nao Victoria), y otros querian á un Martin Iniguez de Carquiçano, el qual era alguaçil mayor; y de consentimiento de todos se puso la eleccion de los dos en votos, y fué el Martin Iniguez fecho capitan.

Á dos dias de octubre descubrieron la isla de Vendanao y surgieron en el puerto de Viçaya, cerca de una isleta que se haçe dentro del mismo puerto, y estando alli surtos, sacaron el batel y fueron á tierra los quel capitan mandó, para ver si podian aver lengua, y andovieron quassi todo el dia sin topar pueblo ni gente, y á la tarde vieron unos indios en la ribera de la mar y enviaron al gallego para que les preguntasse dónde estaba el pueblo: el qual les habló en lengua malaya, y no

entendian nada. Y desde á un rato se fueron en una canoa los indios por la ensinada á dentro, á los quales siguieron con el batel, y llegaron despues que anoçesçió á un pueblo que está á la costa de un rio, y otro dia tovieron plática con los indios y se entendian con ellos, porque avia algunos indios dellos que sabian hablar la lengua malaya: y ofresçieronse de dar mucho arroz y gallinas de España, y puercos de España por rescates, y diéronles al presente mucho arroz coçido y vino de palmas mucho bueno, y pescado y algunas gallinas; y con esto volvieron á la nao muy alegres, que estarian bien dos leguas grandes de alli. Luego el siguiente dia tornaron á yr al lugar ques dicho y llevaron muchos rescates, para comprar gallinas y otros bastimentos, y hallaron poco recabdo de mantenimientos, y muchos indios que andaban recatándose de los chripstianos. En fin no pudieron comprar nada dellos, y dixerón que otro dia vernia la gente de la montaña y traerian mucho arroz, y puercos y otros bastimentos: y todo era cautela y falsedad, penssando tomar el batel á los españoles, y para esto haçian el mayor ayuntamiento que podian. Viendo esto los nuestros; determinaron de esperar

hasta otro dia, y venida el alba, vinieron luego á la ribera los indios con sus armas; y díxoles la lengua á los chripstianos que se reçelaban dellos, y que por esso no traian nada; y respondiéronles que diessen los indios un prinçipal dellos en rehenes y que los chripstianos les darian un español, para que estuviessen seguros los unos y los otros y pudiesen rescatar lo que quisiessen. Dixerón que eran contentos, y enviaron luego un indio que entrasse en el batel, el qual andaba vestido de un paño ó cobertura de seda, y muy bueno, y una daga con un puño de oro: y dexó el paño y la daga y un alfange que traia en tierra, y metióse en el batel, y los españoles enviaron de su parte el gallego que hallaron en las islas de los Ladrones. El qual saltó en tierra y fué á donde estaba el rey, el qual le mandó deçir que esos chripstianos debian de ser faranguis (faranguis llaman en aquellas partes á los portugueses), y que eran mala gente; porque donde quiera que allegaban los faranguis, haçian mucho mal. Y el gallego dixo que no eran faranguis, sino otra gente contraria á los portugueses, y que ningun enojo ni daño harian en su tierra, ni querian sino llanamente rescatar de lo que traian; y el rey dixo que fuesse en buen hora. Y á la vuelta que volvia á la ribera, vido una grand çelada de indios emboscados que estaban para arremeter al batel, quando se açercasse á tierra: y llegado á la ribera el gallego, no le dexaban los indios allegarse háçia los chripstianos, sino que hablassen desde aparte: y truxeron para esto un porqueçillo y çiertas gallinas, y venidos á hablar en el presçio, pedian mas de lo que valian treynta veçes, y cómo esto vido el gallego, dixo á los nuestros lo que passaba, y que estuviessen sobre aviso que él se queria huir al batel (puesto que traia en torno de sí doçe indios con alfanjes y paveses en

guarda). Pero con todo esso, cómo era hombre suelto, echó á correr y salióse por su buena maña de entre los indios y fueçse al batel, y los nuestros le recogieron, aunque le siguieron los indios. Y luego los chripstianos saltaron en tierra y tomaron el puerco y las gallinas que estaban en la ribera, y se embarcaron y llevaron al indio consigo. Otro dia mandó el capitan Martin Iniguez que volviessen en tierra y les requiriessen que les vendiessen algunos bastimentos por sus rescates y que les tornarian su indio; y aunque fueron allá, no aprovechó nada con ellos, y assi se tornaron á la nao. Otro dia despues salió el capitan en tierra con sesenta hombres determinado de pelear con los indios, si por bien no le quisiessen dar bastimentos; mas tampoco aprovechó: antes haçian fieros los de la tierra, y no pelearon, porque el tiempo no dió lugar ni los indios atendieron, y assi el capitan se volvió á la nao. El indio de las rehenes, viendo aquesto, dixo con mucho enojo contra sus naturales que, si el capitan queria salir en tierra con su gente, que luego que tirassen con las escopetas, huirian los indios y les tomarian el lugar, y quel sabia donde tenia el rey mucha cantidad de oro. El capitan salió en tierra con su gente bien ordenada y fueron háçia donde estaban los indios, los quales cómo vieron la determinacion de los españoles, se arredraron y no osaron atenderlos; y viendo el capitan que no le osaban esperar, hizo dar la vuelta á la ribera donde estaba el batel, y comieron en la costa y fueron á embarcarse, llevando siempre consigo el indio á buen recabdo.

Pocos dias antes avia venido un calabuz á bordo, en el qual vino un indio prinçipal vestido de raso carmesí, y traia çiertas manillas de oro para vender y dió al capitan muchas gallinas que llevaba; y el capitan le dió algunas cositas de España y de poco valor, con quel indio se hol-